

la revelacion del peligro que la amenazaba, así como la mas triste aun del obstáculo misterioso é insuperable que debia tenerla siempre separada de él.

¡Ah! si no hubiesen sido tan sinceras aquellas aprensiones, Cipriana, con la obstinacion de las almas jóvenes que se agarran á la esperanza de la felicidad, habria querido dudar.

Pero no; nada se hallaba cambiado en aquel invernáculo en donde ella habia entrado la primera vez con fuertes latidos de su corazon, y del que habia salido con tanta turbacion.

Este sitio seria su rinconcito preferido, privilegiado, su sitio de refugio á donde se retiraria en adelante en sus horas de soledad y de tristeza á pensar en la felicidad entrevista por un momento y perdida en el mismo momento.

La oscuridad iba creciendo por instantes, y la claridad oblicua de la luna, pasando por entre los cristales del invernáculo, dibujaban en negro sobre la fina arena del pavimento, variadas y caprichosas formas de encajes y figuras formadas por el follaje de los árboles.

Hubiérase dicho que se habia cubierto el suelo con una inmensa alfombra de encaje.

De repente apareció una luz detrás de una espesura de nopales, luz vaga, confusa, casi imperceptible, como la de una lámpara cuyo resplandor se distinguiese allá á lo lejos, alumbrando en un cuarto muy distante.

¿Quién podia venir por allí á aquellas horas, en un palacio que no estaba todavía habitado?

Algunos ladrones, atraídos tal vez por el cebo del rico botín que encontrarían.

Esta idea era la mas simple y natural que podia ocurrirse, y sin embargo á Cipriana no se le ocurrió, ni por un momento.

Y en su imaginacion, la aparicion de esta luz vino á unirse con la idea de los *amigos desconocidos*.

¿De dónde venia aquella luz?

Si ella hubiese dado la vuelta á los nopales, pronto lo habria sabido; pero no se movió y permaneció sentada en su banco.

Cuando el corazon sufre, se hace supersticioso con mucha facilidad; le parecia que su indiscrecion le haria incurrir en la cólera de los *amigos desconocidos*.

Era la fábula de Psiquis, al revés: la esposa prudente apagando la lámpara para no desobedecer al esposo misterioso.

Entretanto, la luz fué haciéndose cada vez mas viva, se fué concentrando, apareció como una estrella, y se dirigió hácia el sitio en que Cipriana estaba.

A medida que se iba acercando, Cipriana pudo distinguir por entre el follaje dos formas oscuras, de las cuales una de ellas llevaba una linterna en la mano.

Una forma de mujer cuidadosamente envuelta en un gran capuchon negro, y una forma de hombre.

El hombre era M. José.

La mujer, al pasar cerca de Cipriana, hasta el punto de rozar con su vestido, separó el velo de su rostro.

Era la condesa de Monte-Cristo.

Los dos hablaban en voz baja.

M. José decia:

— Gracias, Elena; ¡oh! ahora que conozco vuestro plan, estoy tranquilo; de seguro está salvada.

Y con una fé ciega y una indecible alegría, Cipriana se repitió á sí misma:

— ¡Estoy salvada!

La luz se apagó, la sombra desapareció, y en el jardin se oyó la voz del conde que gritaba:

— Cipriana, Cipriana, ¿en dónde estais?

XIV

LAS BODAS.

Aquella noche tuvo Cipriana los sueños mas tranquilos, en los que vió aparecérsese un enjambre de genios alados que representaban la esperanza.

Veia brillar á lo lejos, muy lejos, como un astro, la luz del invernáculo, y oía murmurar á sus oídos el eco de aquellas voces queridas que le decian:

— ¡Está salvada! ¡está salvada!

Ni al otro dia, ni á los siguientes, M. José se presentó en el palacio de Puysaie.

Esta ausencia, que en cualquier otro momento habria causado inquietud á Cipriana y la habria entristecido, le pareció, al contrario, de muy buen agüero, tan grande es la propension del alma á transformar en realidades positivas así las ilusiones del deseo como las del temor.

Aquella ausencia de M. José que, unos dias antes, la habria causado una gran desesperacion, era para ella, hoy dia, el áncora principal de su esperanza.

— Él está trabajando para mí, se decia.

Ya conocia por experiencia la manera de obrar de los amigos desconocidos, y estaba esperando á cada momento un acontecimiento imprevisto que viniese á trastornarlo todo, como habia sucedido con la repentina é inopinada huida de su madre.

La entrada ó la salida de cualquiera, la proposicion de dar un paseo, una arruga ó fruncimiento del rostro de su padre, algunos momentos de tardanza en la venida de Matifay á hacerle su visita diaria acostumbrada, todo esto y otros mil incidentes sin valor ni importancia le hacian latir el corazon con violencia, y entonces se decia:

— En fin, ya llegó...

Pero ¡ay! no llegaba nunca, y todas las noches la pobre niña se decia:

— Vamos, será mañana.

Engañosa y vana esperanza. El dia siguiente se pasaba como el anterior, y agarrándose á su fé como el náufrago á

una tabla, bien que esta fé iba debilitándose y haciéndose cada dia mas vacilante, repetia:

— ¡Mañana!... ¡Mañana!...

Así transcurrió la última semana... el último dia... la última noche...

Aquella noche Cipriana no durmió y lloró mucho y bien hubiera querido que esa noche hubiese durado eternamente, y con aquella melancólica sensacion que se experimenta al ver caer el crepúsculo, con el mismo sentimiento de tristeza vió ella despuntar los primeros albores de la mañana.

Pero luchando contra aquella tristeza y agarrándose á la pequeña tabla de esperanza que aun le quedaba, se dijo interiormente:

— Será esta mañana.

Cuando ya se encontró en el carruaje que la conducia al sacrificio, se dijo:

— Será en la sala de la alcaldía.

¡Oh! ¡qué lindo es el cuento de Barba-Azul! Qué cierto y qué parecido el grito que dan todos los corazones asidos á la esperanza, á aquella pregunta tantas veces repetida:

— Hermana Ana, hermana mia, ¿no ves venir á nadie?

En el cuento, la hermana Ana ve por fin venir corriendo á escape algunos caballeros, en medio de una nube de polvo, pero menos dichosa que ella, Cipriana no vió nada.

No vió mas que al alcalde con su ancha banda tricolor; despues la iglesia adornada con colgaduras blancas y con sus altos cirios encendidos en el claro-oscuro de la nave.

Los órganos hacian resonar sus sonidos mas melodiosos; los artistas de la Opera cantaban trozos escogidos y apropiados á la circunstancia, y las beatas decian que en su vida habian visto un casamiento mas hermoso.

— Hermana Ana, hermana mia, ¿no descubres nada?

¡Ah! ¿qué importaba ya á estas horas? aunque hubiesen venido los caballeros corriendo á todo escape y con los sables desenvainados en las manos, cubiertos de sudor y espuma, ya llegarían demasiado tarde.

La pobre hermana de la hermana Ana estaba muerta.

Sí, muerta; muerta para toda alegría, para toda esperanza, muerta para todo amor.

Porque, en fin, M. José la habia engañado. Y solo para arrancarle su consentimiento por sorpresa era para lo que los *amigos desconocidos* la habian estado entreteniéndole con la idea de una salvacion imposible. En definitiva, ¿qué habian hecho para obtener esa salvacion? Nada.

Si á lo menos M. José hubiese ensayado alguna tentativa, aunque hubiese sido infructuosa, ella le habria bendecido.

Pero nada, absolutamente nada. Ni aun se habia dejado ver en el momento de la lucha.

Y es que aquel dia la pobre jóven se hallaba muy turbada para que pudiese ver nada de lo que á su alrededor pasaba.

Pues de otro modo habria podido ver á un gallardo jóven oculto detrás de un pilar, tan pálido y tan desesperado como ella misma.

No, M. José no habia huido ante la lucha y el dolor. Allí

estaba mirando de frente al enemigo, ofreciendo su corazon al sufrimiento, como el soldado presenta su pecho á las balas.

Aquel casamiento fatal era necesario, indispensable, y él lo dejaba hacer, y animosamente, pero con la mayor ansiedad, esperaba el resultado de la terrible partida de juego en la que la condesa de Monte-Cristo era su compañera.

¿Ganaria él esta partida? Así lo esperaba.

Pero también podria perderla, y perdiéndola seria á Cipriana la que perderia para siempre.

A Cipriana, que lo acusaria de traicion y lo despreciaria por sus engañosas promesas.

Pero M. José tenia un espíritu animoso y un corazon de bronce, y sin embargo, ¡sufria tanto!... Gruesas gotas de sudor caian de sus sienes y corrian como lágrimas á lo largo de sus mejillas.

De seguro, á aquella angustia que le devoraba las entrañas, habria preferido mil veces la terrible agonía que habia padecido en otro tiempo en la tumba inexorable de los subterráneos de Rancogne.

Cuando cesaron de oirse las últimas notas de los cantores y que el órgano entonó la marcha de la salida de la boda, haciendo resonar sus armoniosos y alegres acordes bajo las elevadas bóvedas de la iglesia, la muchedumbre de curiosos se precipitó hácia la puerta para ver pasar á la recién casada.

Pero él no se meneó, y se quedó arrimado contra el pilar.

Y como Cipriana decia:

— ¡Todo se acabó ya!...

De este modo se quedó solo y á la vista, y si Cipriana no lo vió, otra persona lo vió, que fué el coronel Fritz.

Pálido, desenchajado, con los labios descoloridos como si hubiese pasado por ellos una esponja empapada en vinagre mezclado con hiel, el vizconde M. José de la Cruz estaba tan diferente de sí mismo, que el coronel, sorprendido de verle de ese modo, se quedó mirándole.

Estuvo vacilando si iria ó no á acercarse á él, pero, viniéndole otra idea, se fué á ocultar á su vez detrás de un grupo de curiosos y comadres, y no perdió de vista un momento á M. José.

Cuando Cipriana, con los ojos bajos, descolorida como una muerta, dió su brazo á Matifay, que rebosaba de orgullo y alegría, los ojos del vizconde se iluminaron con una llama semejante al resplandor de un relámpago, y en la inflamada mirada que dirigió al grupo de los recién casados, el coronel descubrió á la vez todo su amor por Cipriana y todo su odio á Matifay.

— ¡Oh! tenia razon M. Gigant al decirme que no habia que meterse con este hombre. Es un mocito de provecho. O yo me equivoco mucho, ó es esa mano la que asirá el puñal destinado á Matifay.

Mientras tanto los esposos, seguidos de su acompañamiento, habian llegado al pórtico de la iglesia, al pié de cuyas escaleras se iban arrimando, uno tras de otro, los elegantes carruajes blasonados para conducir al palacio á los recién casados y á sus convidados.

En el momento en que Matifay daba la mano á Cipriana para subir al carruaje, exclamó :

— ¿Dónde está vuestro devocionario?

Cipriana reparó entonces que tenía las manos vacías.

— Lo habré tal vez dejado en la sacristía, dijo.

¡Un libro que había costado quinientos francos! — Verdaderamente los millonarios no reparan en el dinero, pero no les gusta verlo perder.

— Es menester buscarlo, replicó Matifay.

Este incidente dió lugar á un pequeño retraso.

Pero en seguida un hombre vestido con traje de artesano bien acomodado, se abrió paso por entre la apiñada multitud de convidados y curiosos, llevando el precioso libro en la mano.

— Aquí está el libro, dijo, yo había visto bien en donde lo había puesto la señora un momento antes de firmar en el libro.

Matifay se preparó noblemente á dar al hombre una gratificación de cinco francos.

Pero el artesano, que no era otro que nuestro amigo Jacquemin, rechazó con disgusto así la moneda como la mano que se la daba.

— Gracias, dijo; además, el libro es de la señora, y yo quiero tener el gusto de entregárselo en su propia mano, porque se me figura que esto me hará afortunado en mis amores.

Quizás este lenguaje era un poco atrevido, pero la fisonomía de Jacquemin era tan franca y tan honrada, que Cipriana se sonrió y tomó su libro diciéndole :

— Gracias, buen hombre, haciéndole como recompensa una graciosa cortesía.

El libro estaba encerrado en un rico estuche, y al abrirlo maquinalmente, Cipriana sintió la punta de un billete metido entre el forro de terciopelo del estuche y la cubierta del libro.

Este billete la hizo estremecerse, pues pensó que sin duda debía contener la explicación de la ausencia y singular abstinencia de los amigos desconocidos.

Pero como Matifay, sentado en el coche, en frente de ella, la devoraba con la vista, no podía abrir el libro ni leer el billete que encerraba, sino despues de haber llegado á casa.

Tan pronto como se apeó del coche y pudo verse libre de los cumplidos y enhorabuena que todos á porfía la daban, corrió á encerrarse en su cuarto.

El billete no contenía mas que una sola línea, pero una línea que era la respuesta exacta de todas sus angustias y congojas y hasta de sus cóleras y tristezas, como si la que había escrito este billete hubiese podido leer hasta en el fondo de su conciencia.

Esta línea decía :

« No acuseis á nadie. Mostraos animosa. Estais salvada.

» Condesa de MONTE-CRISTO. »

XV

UN RESPLANDOR, UN RAYO DE LUZ Y UNA SOMBRA.

El primer impulso que experimentó Cipriana despues de haber leído este lacónico billete, fué el de entregarse á una alegría delirante, no tanto por la afirmación que contenía de « estais salvada », sino porque venía á probarle que todas sus sospechas habían sido injustas y mal fundadas.

¡Es tan doloroso y causa tanto mal el verse uno obligado á acusar á aquellos á quienes ama!

El resto del día lo pasó en aquella especie de embriaguez que no la abandonaba hacia algun tiempo, embriaguez que podriamos llamar de la esperanza.

Pero aquel día tampoco vino nada de lo que aguardaba.

No podía estar quieta en un lado un solo instante, y le parecía que si no se acababa pronto aquel angustioso estado, concluiría por matarla.

Se sentía mas tranquila, ciertamente, algunas horas antes, cuando creía que su desgracia se había consumado por completo.

Semejante á un trabajador que sepultado y cubierto de tierra por el hundimiento del terreno en que trabajaba, sintiendo que le va faltando la luz á sus ojos, el aire á sus pulmones, el espacio á sus miembros aprisionados y encogidos, se dice : « Estoy perdido » y se prepara á morir, persuadido de que es inútil gritar ni hacer ningun esfuerzo para salvarse.

Pero que oyendo á través de la tierra amontonada el ruido sordo de las libertadoras azadas, se apodera de él un deseo frenético de librarse y de vivir, y mordiéndose los puños de impaciencia ahora, cuando hacia un momento estaba tan tranquilo y resignado mientras creyó perdida toda esperanza, exclama :

— ¡Qué lentamente y qué despacio vienen!

Ya no era por semanas ni por días que contaba Cipriana, era por horas. Y á la salida de la comida, que fué sumtuosa, era ya por minutos.

Pero nada, siempre nada.

Entonces Cipriana debió comprender que los amigos desconocidos la prescribían que se defendiese por sí misma, y toda ruborizada descubrió el sentido y significación de aquella segunda recomendación que le hacían diciéndole : « Mostraos animosa. »

Con los codos apoyados sobre una mesa y enteramente indiferente á cuanto la rodeaba, como si no fuese la heroína de aquella fiesta, se hallaba meditando así en el momento mismo en que iba á principiarse el baile.

De repente se estremeció y se puso encarnada al sentir el contacto de una ardiente mano que se posó sobre sus hombros desnudos.

Semejante contacto le pareció que era una grosería y un insulto.

Se volvió vivamente y se halló con el rostro del baron Matifay, en el que se dibujaba una sonrisa algo forzada.

La orquesta se hallaba ya colocada en el estrado, y Matifay venía á reclamar sus derechos, — los de la primera contradanza.

— ¡Valor! se repitió despacio á sí misma Cipriana para tomar ánimos, y abandonó su mano delicada y aristocrática á la gruesa mano cuadrada del baron.

Mientras duró la primera cuadrilla, se fué reponiendo poco á poco y meditó casi con sangre fría la conducta que debía seguir.

Las grandes desesperaciones tienen algunas veces esos momentos de una placidez engañosa, de esa calma que parece indiferencia y de esa tranquilidad que mata.

Tomó pues su partido. Matifay le había prometido no sé qué paternidad bastarda. Le reclamaria el cumplimiento de su promesa, se arrojaría á sus piés, le juraría que haría esfuerzos para amarle de otra manera... mas tarde; pero por el momento le pediría que la perdonase y le concediese gracia.

Sentía que sería bastante elocuente para defender su causa, y sería preciso que este hombre no tuviese entrañas si no llegaba á ablandarse y á ceder.

Echó una mirada tímida sobre él al soslayo, y se estremeció de los piés á la cabeza. Comprendió.

Comprendió que por esa parte no había que tener la menor esperanza.

El baron la devoraba con la vista, le echaba aquellas mismas miradas con que la estuvo contemplando la noche en que se presentó por primera vez en los salones en donde reinaba la condesa de Monte-Cristo.

Vió claramente que para él nunca sería ella una hija, como hipócritamente se lo había prometido, ni aun siquiera una mujer respetada, sino una presa.

Y aquel ardor, que en un amor mútuo es tan tierno y el respeto casi religioso con que va acompañado, le pareció escrito en todos los gestos y ademanes de su nuevo dueño con caracteres groseros, vulgares y brutales.

— ¡Ah! pensó entonces, ahora sí que estoy perdida.

Y aquella calma espantosa de las resoluciones que había tomado, y de la que hemos hablado, se condensó como una niebla glacial al rededor de su corazón, y se dijo :

— Me mataré.

Durante este tiempo, la orquesta hacia oír sus melodías. El resplandor de las arañas y candelabros hacia brillar con mil colores diferentes y atornasolados las telas, los encajes, las flores, las joyas y los cutis suaves y delicados de las mujeres, esas otras flores vivas y mas atractivas que las de los jardines y los campos.

Cipriana no estaba ya en la sala del baile, y también Matifay había desaparecido.

Pero no por la ausencia prevista de los dueños de la casa dejó de continuar la fiesta tan animada como antes.

Sin embargo, durante el intervalo de una polka y de una contradanza, se oyó un grito de repente, un grito horrible que traspasó los techos, los tabiques, las colgaduras; grito tan agudo y tan horrible, que hizo quedarse á cada uno de los que lo oyeron en la posición en que se hallaba, suspendiendo sus ademanes, sus gestos y palabras y deteniendo la respiración, como vulgarmente se dice, para escuchar mejor.

Se hubiera dicho que el gran salon del baile se había transformado en la sala de baile de la *Princesse au bois dormant*, en el momento en que el hada encantadora acaba de extender su mágica varita.

A aquel silencio, que no duró sino algunos instantes, pero que á algunos les pareció ser de algunas horas, sucedió el murmullo confuso de mil conversaciones en voz baja.

Despues vino un brusco y apresurado movimiento hacia las puertas de salida; el terror y la curiosidad se superponían á todas las reglas de la etiqueta : todos querían saber lo que ocurría.

Y aun hubo algunos que se atrevieron á expresar claramente el pensamiento secreto que estaba en la imaginación de todos, y gritaban :

— ¿A quién se asesina aquí?

El grito parecía venir, ó de la habitación particular de Cipriana, ó de la de Matifay.

Se empezó la investigación por la de este último, y no se encontró en ella nada de extraordinario.

Solamente el curioso que fué mas atrevido y entró el primero con una bugia en la mano en el corredor de comunicación entre los cuartos del banquero y de Cipriana, retrocedió pálido y asustado y balbuceando :

— El baron...

— ¿Qué hay? preguntaron cincuenta lenguas á un tiempo.

— El baron está ahí.

Y con la mano señalaba la galería de comunicación, á la que se precipitaron los curiosos.

La gente no cabía ya ni en el cuarto dormitorio, ni en los inmediatos, en donde se había aglomerado.

El salon de baile había quedado enteramente desierto.

Y por encima de este aluvion de gentes que ocupaban hasta las escaleras, agarrándose á las barandillas de hierro cinceladas, iban y venían las noticias de arriba abajo, desfiguradas, engrosadas como esos restos flotantes de una embarcación que ha naufragado, cubiertos de paja y de yerbajos que aumentan su volumen á medida que el mar los va arrastrando.

Así, arriba se decía que habían encontrado al baron Matifay tendido por tierra cuan largo era, con el rostro pegado contra el suelo, en medio del corredor, con su palmatoria hecha pedazos á su lado y llenos sus vestidos y su cara de gotas de cera.

Abajo se decía simplemente que el baron había sido asesinado; y no faltaban gentes de imaginación que, tomando